PERIÓDICO	PÁGINA	FECHA	SECCIÓN
EL INDEPENDIENTE	4	29/04/25	OPINIÓN

CÁMARA DE DIPUTADOS
LXVI LEGISLATURA
SOBERANÍA Y JUSTICIA SOCIAL

SIMPLE Y CLARO

Cuando el crimen se viste de toga

POR ELLIOT VELHER

El riesgo era evidente. Las advertencias llegaron de todos lados: de organizaciones nacionales, de organismos internacionales, de académicos, de colectivos ciudadanos.

Se advirtió que abrir las puertas del Poder Judicial a candidatos sin filtros rigurosos, en un pwaís infiltrado por el crimen organizado, era una receta para el desastre.

Pero el poder, enceguecido por su soberbia y su ambición de controlarlo todo, decidió ignorarlo.

Hoy, estamos ante el escenario que muchos predijeron: candidatos a jueces, magistrados y hasta ministros con vínculos claros con el crimen organizado.

Personas que no buscan impartir justicia, sino blindar los intereses más oscuros desde la comodidad y el poder de una toga.

Y todo, bajo el amparo de un proceso de selección impulsado por la obsesión de Morena y sus aliados de someter al último contrapeso que les quedaba: el Poder Judicial.

Desde que se propuso la reforma judicial y se diseñó el sistema de elección de jueces, los especialistas señalaron los peligros.

¿Cómo garantizar que los cárteles no financiaran campañas de candidatos judiciales? ¿Cómo impedir que el crimen organizado colocara sus peones en los tribunales? ¿Cómo proteger a los ciudadanos de un sistema de justicia secuestrado desde dentro? La respuesta oficial fue la burla y la descalificación.

Se acusó de "conservadores" a quienes cuestionaban, se ridiculizó a quienes planteaban escenarios de riesgo, se minimizó el problema como si la corrupción y el narco no fueran ya parte del drama diario mexicano.

Hoy, esa soberbia ha llevado al país a un callejón sin salida.

PERIÓDICO	PÁGINA	FECHA	SECCIÓN
EL INDEPENDIENTE	4	29/04/25	OPINIÓN

CÁMARA DE DIPUTADOS
LXVI LEGISLATURA
SOBERANÍA Y JUSTICIA SOCIAL

La ciudadanía enfrenta ahora un panorama desolador: jueces potencialmente ligados a grupos criminales, investidos con el poder de decidir sobre la libertad, el patrimonio y la vida de las personas.

Cada sentencia, cada orden de aprehensión, cada amparo, cada resolución judicial podría estar contaminada no por el interés de hacer justicia, sino por las órdenes de quienes manejan el dinero sucio y la violencia en el país.

¿En manos de quién estará la justicia en México? ¿Quién se atreverá a enfrentar al crimen desde los tribunales si sabe que su colega de sala responde a otros intereses? ¿Qué garantía tendrá el ciudadano común de recibir un juicio justo cuando quien decide su futuro puede estar sentado ahí por mandato del narco?

La legitimidad del Poder Judicial, ya de por sí golpeada, se desploma aún más.

¿Qué confianza puede tener la ciudadanía en un sistema donde los jueces podrían ser los mismos operadores del crimen que han sembrado muerte y miedo en las calles? ¿Qué futuro le espera a un país donde el Estado de Derecho es solo una fachada, detrás de la cual se esconde la ley del más violento?

La tragedia es que esto no es un error de cálculo. Fue una advertencia ignorada. Fue una consecuencia anunciada.

El poder prefirió destruir lo que no podía controlar. Prefirió arrasar con la independencia judicial antes que aceptar límites a su autoridad.

Hoy, quienes impulsaron esta reforma irresponsable están atrapados en su propia trampa.

No pueden reconocer el problema sin admitir su fracaso.

No pueden frenar el proceso sin aceptar su culpa.

No pueden garantizar justicia sin deshacer lo que construyeron. Y mientras ellos buscan cómo salvar la cara, es el ciudadano de a pie quien paga el precio.

Foto EFE

Cada día que pasa, cada tribunal que se contamina, cada sentencia dictada bajo la sombra del crimen, es un golpe más a la esperanza de vivir en un país justo.

Cada omisión, cada justificación ridícula, cada intento de minimizar lo evidente, hunde más a México en el abismo de la impunidad.

El poder se creyó invencible.

Se creyó infalible.

Se creyó por encima de toda advertencia y de toda consecuencia.

Hoy, el monstruo que alimentaron con su soberbia ha comenzado a devorarlos.

Pero el daño ya está hecho.

Y el ciudadano, como siempre, será el principal damnificado de una guerra que no eligió, pero que tendrá que enfrentar cada vez que toque a la puerta de un tribunal buscando justicia.

México merecía un sistema de justicia digno, independiente, incorruptible.

Pero el poder, en su obsesión por controlarlo todo, nos dejó a merced de la ley del crimen.

Y ahora, cuando ya no hay regreso fácil, el país entero tendrá que pagar el precio de su arrogancia.

La ciudadanía enfrenta ahora un panorama desolador: jueces potencialmente ligados a grupos criminales, investidos con el poder de decidir sobre la libertad, el patrimonio y la vida de las personas